

Relaciones entre Hermanos y Clérigos en la Vida Religiosa

Carlos Bazarra, OFM.Cap.

Resumen

Intento de profundización sobre las relaciones entre Clérigos y no-Clérigos dentro de la Iglesia. Se parte de la novedad del sacerdocio de Jesús que supera el estatuto levítico del A.T. Los conceptos “secular” y “laical” deben referirse no a sectores independientes, sino a dimensiones de todo miembro de la Iglesia. La fundamentación mística (iniciativa divina) debe prevalecer sobre la ascética (respuesta nuestra). La autoridad en la Iglesia debe entenderse como servicio, no como poder. El objetivo a lograr: todos somos humanos y hermanos.

O intento de aprofundamento sobre as relações entre Cléricos e não-Cléricos dentro da Igreja, parte da novidade do sacerdote de Jesus que supera o estatuto levítico do Antigo Testamento. Os conceitos “secular” e “laical” devem referir-se não a setores independentes, mas sim a dimensões de todos os membros da Igreja. A fundamentação mística (iniciativa divina) deve prevalecer sobre a ascética (nossa resposta). A autoridade na Igreja deve ser entendida como serviço, não como poder. O objetivo a buscar: todos somos humanos e irmãos.

La VR Cristiana surgió como un anhelo de vivir el Evangelio en toda su radicalidad. Su forma primitiva fue de estilo eremita, en soledad. Evolucionó hacia la modalidad cenobítica, comunitaria. Pero no se proponía ninguna forma de apostolado. Con el tiempo se llegó a la sacralización de esta vida. A los religiosos se les veía como más cercanos a Dios, y la profesión religiosa se convirtió en un acto sagrado. Sin pretenderlo, la sacralización separó en vez de fomentar la comunión¹.

La sacralización trajo para la VR masculina la clericalización. Entre los religiosos aparece la doble forma de Hermanos y Clérigos. Es un hecho. Esto supuso tal vez ventajas, pero también deficiencias. Nos proponemos, en perspectiva de futuro, lograr unas relaciones más conformes con el Evangelio sin olvidar nuestra condición humana.

1. SENTIDO DE LO CLERICAL

En la historia bíblica encontramos un hecho que da origen a lo levítico como algo sagrado, aparte de su denominación familiar. Después del pecado idolátrico permitido por Aarón, Moisés convoca a todos los hijos de Leví:

Cíñase cada uno su espada; pasen y repasen por el campamento de puerta en puerta, y maten cada uno a su hermano, a su amigo y a su pariente...Cayeron aquel día unos tres mil hombres del pueblo. Y dijo Moisés: *“Hoy han recibido la investidura como sacerdotes de Yahveh, cada uno a costa de sus hijos y sus hermanos, para que él les de hoy la bendición”* (Ex 32, 27-29).

Desde entonces los levitas constituyeron una clase aparte, precisamente por su gesto antifraterno. Más tarde encontramos el planteamiento de la construcción del Templo. El pueblo israelita desde la salida de Egipto venía practicando una religión sin templo ni sacerdotes. David sugiere su construcción, pero la respuesta de Dios al profeta Natán es tajante: Dios no quiere templo (1 Cro 17, 1-15). Será Salomón quien construya, bajo su propia iniciativa, un Templo a Yahveh, e instituya como sacerdotes al servicio del mismo a miembros de la tribu de Leví, ofreciendo los sacrificios de animales a Dios².

La misma respuesta que Dios dio al rey David, la dio Jesucristo a la samaritana: *“Llega la hora en que, ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre... Los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad”* (Jn 4, 21-24). Frente a los sacrificios cruentos, Jesús prefiere la misericordia: *“No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal. Vayan y aprendan aquello de ‘Misericordia quiero, que no sacrificios’”* (Mt 9, 12-13).

¿Cuál es el motivo por que no se acepta la construcción de templos? Porque ven-

dría a ser el intento de encasillar a Dios, sea en paredes o leyes. A Dios hay que dejarle en plena libertad, *“porque Dios es Espíritu y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad”* (Jn 4, 24).

2. EL SACERDOCIO DE JESÚS

Para los contemporáneos, Jesús fue un seglar, un laico. Para ser sacerdote en aquel tiempo, tenía que ser de la tribu de Leví. Pero Jesús pertenecía a la tribu de Judá. *“Es bien manifiesto que nuestro Señor procedía de Judá, y a esa tribu para nada se refirió Moisés al hablar del sacerdocio”* (Hb 7, 14).

Es significativo el problema que se les presentó a los primeros cristianos al tratar de aplicar a Jesús el título de Mesías. Este título requería ser Rey, Profeta y Sacerdote. Reconocer a Jesús como Rey, resultaba sencillo porque el mismo Jesús lo confesó a Pilatos: *“Mi Reino no es de este mundo... mi Reino no es de aquí... ¿Luego tú eres Rey? Respondió Jesús: Sí, soy Rey. Yo para esto he nacido”* (Jn 18, 36-37).

Reconocerlo como Profeta, no había duda. Así lo afirman los discípulos de Emaús: *“Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo”* (Lc 24, 19). Pero la dificultad radicaba en el título de Sacerdote. No era de la tribu de Leví. Pero el autor de la Carta a los Hebreos se propone rescatar para Jesús el título de Sacerdote. Para ello deja a un lado el título de sacerdote levítico, y propone un nuevo concepto sacerdotal: el sacerdocio fraterno. *“No se avergüenza de llamarles hermanos, cuando dice: Anunciaré tu nombre a*

mis hermanos” (Hb 2, 11-12). *“Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo”* (Hb 2, 17).

El signo fraterno es fundamentalmente expresión de amor más que de carne y sangre. Juan añadió un capítulo a su evangelio para establecer la relación entre el amor y el pastoreo fraterno: *“¿Me amas? Apacienta mis ovejas”* (Jn 21, 15.16.17). Con lo que afirma que la institución eclesial y la misma VR están subordinadas a lo fraterno.

Habría Romano Pontífice, Obispos, Sacerdotes, Clérigos, pero el objetivo es la fraternidad. Si en una congregación hay Clérigos, pero no hay Hermanos (bien sean Hermanos no Clérigos, o Clérigos que sean realmente Hermanos) esa congregación no tiene razón de ser. Si hay Hermanos, no tiene importancia la carencia de Clérigos.

3. DIMENSIÓN SECULAR

Durante algún tiempo se pensaba que el Espíritu Santo estaba únicamente en la Iglesia. El mundo era lo profano, lo meramente natural. Pero el Vaticano II afirmó que el Espíritu Santo está también en el mundo: *“El Pueblo de Dios, movido por la fe que lo impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo”* (GS 11). Hoy es doctrina de pacífica posesión la realidad del Espíritu en el mundo³. Y eso significa, sucintamente, que el Es-

píritu no está solo en lo sagrado, sino también en lo profano. No sólo en lo clerical (paterno), sino también en lo laical (fraterno).

La dimensión secular es lo que nos corresponde frente a la eternidad de Dios. Las criaturas hemos nacido en el siglo, y en este sentido todos somos seculares, desde el Papa, los Obispos, los sacerdotes, las religiosas y los religiosos, hasta los que viven su vida desarrollando una actividad puramente material. En esta perspectiva sería incorrecto hablar de clero secular. Lo secular es el resultado de un acto libre y amoroso de Dios. Todo lo creado es secular. Pero centrándonos en la condición humana, podemos hacer una distinción radical: Lo divino y lo humano, lo eterno y lo secular (lo seglar).

Lo secular es un valor positivo, es existir, y el existir es gracia. Establecer distinciones entre las personas, diciendo que unas son seculares y otras no, contradice la semántica del término. Todos los miembros de la Iglesia somos seculares. En este nivel tanto los Clérigos como los Hermanos son seculares⁴. Incluso la ecología no puede sernos ajena⁵. La Iglesia debe ser, en el buen sentido de la palabra, secular, mundana, ecológica.

4. DE LO SECULAR A LO LAICAL

Lo secular es un punto de partida. Pero la realidad no se reduce a lo secular. Hay otras dimensiones que necesitamos tener en cuenta. En el campo antropológico

gico, hombres y mujeres pueden llegar a ser laicales. Lo laical frecuentemente se utiliza en un sentido negativo⁶, el que no es Clérigo. Una definición más positiva la aporta el canon 204: *“Los incorporados a Cristo por el bautismo”*.

El efecto del bautismo es incorporarnos al Pueblo de Dios. Pueblo en griego se dice *“Laós”*, y de ahí deriva la palabra *“laico”*. Ser laico es gracia de Dios, un don mucho más valioso que ser secular. Todos los bautizados somos laicos. Todos los laicos somos seculares, pero no todos los seculares son laicos. Es doctrina oficial que el bautismo imprime carácter, es decir, constituye una señal imborrable. Aunque después recibamos el sacramento del Orden, no por eso dejamos de ser laicos, en sentido estricto y teológico. Los Obispos, los sacerdotes, las religiosas y los religiosos somos laicos.

En el lenguaje corriente lo clerical excluye lo laical. Son conceptos contrapuestos. Se da preferencia a lo clerical, desprestigiando lo laical. Pero eso no es correcto. Se está enfrentando el sacramento del Bautismo con el sacramento del Orden. Se reconoce más excelencia al Orden que al Bautismo. Pero el Bautismo es el sacramento original. Hay que revalorizar lo laical, que no es un sector marginal, sino una dimensión fundamental. Nos salvamos como pueblo: *“Dios salva a los hombres no aisladamente, sino constituyendo un pueblo”* (LG 9).

Una tarea pendiente es recuperar lo secular y lo laical. El desafío es reconquistar el laicado, como concepto y como fuerza viva. No se trata de dar

más poderes a los laicos, sino de asumir la dimensión laical que se encuentra cimentada en nuestro ser eclesial⁷. Cuanto venimos diciendo sobre lo secular y lo laical se podría resumir en esta afirmación: Tanto lo secular como lo laical no deben considerarse sectores, compartimentos estancos, sino dimensiones de una misma realidad. Los miembros de la Iglesia tenemos una dimensión secular y una dimensión laical. Hemos pasado de la nada a la existencia, y de una existencia individual a una existencia comunitaria, formando un pueblo. Por eso nos parece acertada la afirmación de José María Castillo: *“La Iglesia será ella misma cuando tenga su centro en los laicos”*⁸.

5. IGLESIA MINISTERIAL

Establecido el sentido teológico de lo laical y desde el nuevo concepto del sacerdocio de Cristo, hallamos que lo laical es sacerdotal. El bautismo con su carácter indeleble, nos constituye pueblo sacerdotal. *“Pero ustedes son linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido”* (1 Pe 2, 9). *“Al que nos ama y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre, y ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes”* (Ap 1, 6).

En este sentido tenemos que identificar laical y sacerdotal, refiriéndonos al sacerdocio bautismal. Todos los bautizados, que traten de ser coherentes con su bautismo, tienen que comprometerse en el seguimiento de Jesús. No se trata de ritos o un determinado culto, sino entregar la propia vida para la construcción del Reino de Dios. *“Les exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios a*

que ofrezcan sus cuerpos como víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será su culto espiritual” (Rm 12, 1). “No se olviden de hacer el bien y de ayudarse mutuamente; esos son los sacrificios que agradan a Dios” (Hb 13, 16).

Por consiguiente es necesario distinguir entre el sacerdocio del Bautismo y el sacerdocio del sacramento del Orden. Aquí nos estamos refiriendo a esta equivalencia implícita entre lo laical, como miembro del pueblo de Dios, y lo ministerial como seguimiento de Jesús. Son efectos del mismo sacramento de iniciación. Puede haber ministerios desahogados por seglares, cuya vocación no se reduce a obedecer a los presbíteros, como si estos fueran los únicos que tienen responsabilidad en la misión evangelizadora. Estos ministerios no ordenados son necesarios y responden a las cualidades del sujeto que debe ponerse al servicio de los demás “*para común utilidad*” (1 Co 12, 7)⁹.

En un esquema gráfico, podríamos representar un círculo amplio y exterior para abarcar la dimensión secular. Dentro de este círculo, otro más reducido que expresaría la condición laical-ministerial. La Iglesia es toda ella ministerial. Lamentablemente esta función de servicio ha sido transformada, con el correr del tiempo, en poder sacralizado, en vez de mantenerlo como servicio libre y personal¹⁰. Hay que dejar en claro que el sacerdocio, como efecto del sacramento del Orden, es esencial a la Iglesia, y que ésta, por institución divina, es jerárquica. Pero la visión verticalista debe dar paso a una eclesiología de

comunidad, más fraterna, de servicio humilde y no de dominación¹¹. Se trata de articular el pensamiento de Cristo: “*Los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos... Nada de eso entre ustedes, el que gobierna sea como el que sirve*” (Lc 22, 25-26). “*Ustedes me llaman Señor, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo*” (Jn 13, 13-15).

En toda organización social humana, se necesita jerarquía, pues de lo contrario, se produciría el caos y la anarquía. Pero la Jerarquía eclesial no debe copiar los modelos políticos de las dictaduras, sino los de servicio humilde y caritativo. Si la Iglesia dejara de ser fraterna y ministerial, ya no sería la Iglesia de Cristo; sería un producto natural y caduco¹².

6. LA IGLESIA, MADRE E HIJA

Los términos “secular, laical y ministerial” se refieren a toda la Iglesia y a cada uno de sus miembros. “Trascendente” sólo es Dios, Eterno; pero a su vez presente en la inmanencia del tiempo y del espacio, a través del Espíritu Santo: presencia real en la Iglesia y en el mundo, presencia en lo secular y en lo laical y haciendo posible la ministerialidad no sólo de los Ordenados, sino también en los ministerios no ordenados.

Este planteamiento exige rectificar el comportamiento relacional entre clérigos y no clérigos, en camino hacia la unidad dinámica y fraterna que se nos revela en el misterio de la Trinidad que

Jesús nos propuso en la oración de su última noche: *“Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros”* (Jn 17, 21).

La afirmación bíblica del A.T. de que no son los individuos aislados el objeto de la elección divina, sino el pueblo, ha de ser ratificada. *“Los bienes salvíficos alcanzan a los individuos en la medida en que pertenecen al pueblo y están indisolublemente unidos a él por el vínculo de la solidaridad”*¹³. Es el pueblo el que perdurará en la eternidad, no la institución jurídica, no clérigos en cuanto tal. Todos seremos hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas, en plenitud escatológica.

La Iglesia de Cristo es nuestra Madre, porque ella nos engendró a la fe mediante el Bautismo. Es un simbolismo utilizado en la Patrística en forma variada: La Iglesia es *“sepulcro y madre”* (Cirilo de Jerusalén) y el Señor *“puso en sus aguas bautismales lo que puso en el seno materno”* (S. León). Por eso la fuente bautismal es el verdadero *“útero de la Iglesia”*. Y nadie *“puede llegar a tener a Dios por Padre, si no tiene a la Iglesia por Madre”* (S. Cipriano)¹⁴.

Pero también con verdad podemos decir que la Iglesia es nuestra hija¹⁵. La Iglesia de mañana será lo que nosotros sembremos: siembra de testimonio, de pensamiento, de palabra, de amor, supuesta siempre la acción primordial del Espíritu Santo. *“La Iglesia tiene un futuro señalado por el Señor, quien le ha prometido su asistencia”* (Mt 28,20). *Pero es futuro que ella también tiene*

*que forjar. La Iglesia puede, en efecto, ser para el mundo un signo eficaz de camino y gracia, pero también puede hacer opaco su ser sacramental”*¹⁶.

Esta es una exigencia evangélica: superar la pasividad y dar paso a una actividad constructiva. No sentirnos sólo hijos y hermanos, sino también madres y hermanos: *“Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”* (Mc 3, 35).

7. RECUPERACIÓN DE LA MÍSTICA

Se atribuye a Karl Rahner la frase: *“El cristiano del siglo XXI será místico o no será cristiano”*¹⁷. Los tratados clásicos suelen hablar de Ascética y Mística, lo que supone un orden lógico prioritario del esfuerzo humano (lo ascético) que vendría a ser coronado por la mística. Primero el hombre y después Dios. Es un pelagianismo larvado que tenemos que desenmascarar. En toda acción salvífica hemos de atribuir la iniciativa a Dios. Esta iniciativa divina es la dimensión mística de la espiritualidad. Nuestra acción sólo es posible como respuesta a la gracia, nunca antes. Hay que afirmar que no es la Ascética antes que la Mística, sino que el primado corresponde a la Mística.

*“¿Qué es la Mística en sentido estricto? Es el misterio cristiano vivido con tal intensidad y altura, que la parte de Dios en él parezca ir prevaleciendo sobre la actividad humana en el mismo. En el fondo, esto siempre es así. Dios hace más y hace primero y hace siempre”*¹⁸. No habrá cristianismo auténtico, y por consiguiente tampoco VR Cristiana, sin

la experiencia del encuentro con Dios. No basta la imposición autoritaria de los clérigos, ni las tradiciones religiosas por inercia ('siempre se ha hecho así') para poder llamarnos cristianos de verdad. El Papa Juan Pablo II escribió:

Jesús después de su ascensión al cielo actúa mediante la acción poderosa del Paráclito, que transforma a los creyentes dándoles la nueva vida. De este modo ellos llegan a ser capaces de amar con el mismo amor de Dios, que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5)¹⁹.

Es una acertada definición de la mística: ser capaces de amar con el mismo amor de Dios. O vivimos amando con el mismo amor de Dios o no seremos cristianos.

La iniciativa viene del Espíritu. Lo que nos corresponde a nosotros es secundar, dejarse conducir. Es la afirmación evangélica: *"El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu"* (Jn 3, 8). La Ascética viene después. La Mística es lo inicial. Por eso hay que respetar el misterio. La ascética será siempre un *"a posteriori"*, un seguimiento, un ver la espalda y no el rostro de Dios (Ex 33, 23). Es conocer por los frutos (Mt 7, 16). La espiritualidad es misterio, es el amor primero (1 Jn 4, 19). En cambio nuestra docilidad al Espíritu permanece cuestionada, porque tenemos el terrible poder de resistir y rechazar ese amor primero: *"tengo*

contra ti que has perdido tu amor de antes" (Ap 2, 4). Es el riesgo de negar el Espíritu: *"No extingan el Espíritu"* (1 Ts 5, 19).

Nuestra respuesta es imprescindible, porque Dios no es un tirano. Respeta la libertad. Dios no nos salva contra nuestra voluntad. Es el axioma de S. Agustín: *"El que te creó sin ti, no te salvará si ti"*²⁰. Para hablar de espiritualidad, siempre antigua y siempre nueva, hay que comenzar por respetar el misterio, hacer silencio para poder escuchar la Palabra. Se hace necesaria una teología negativa, porque es más lo que ignoramos que lo que sabemos. El Concilio Lateranense IV afirmó que entre el Creador y la criatura es más la semejanza que la semejanza²¹. Pero eso no debe desalentarnos. Nuestro esfuerzo insignificante se verá recompensado con la ayuda de la Gracia²².

8. SER HUMANO Y HERMANO

Pero hemos de concretar nuestra respuesta a la iniciativa de Dios, a la Mística. Nuestra respuesta Ascética la podemos sintetizar en dos dimensiones fundamentales: Ser Humanos y ser Hermanos. Creo que desde esas posturas podemos proyectar luz para establecer las relaciones que en la VR deben mantener los Clérigos y los no-Clérigos.

Cuando en el Génesis Dios proyecta crear al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1, 26-27) se deducen dos cosas: (1) que Dios no puede hacer otro Dios,

porque sería una contradicción crear lo increado. (2) que si el hombre es imagen de Dios, en Dios tiene que haber algún tipo de humanidad, pues de lo contrario no podríamos ser su imagen.

¿Cómo explicar la humanidad de Dios? Cada una de las tres Personas es divina, pero la circularidad del amor entre ellas es el rasgo de su humanidad. En Dios hay humanidad porque el amor no se encierra en cada uno, sino que circula del Yo al Otro. Es una donación total, por eso se ha podido escribir que Sólo Dios es humano²³. Y esa es la tarea que todos traemos a este mundo. Desde el nacimiento somos hombres o mujeres, pero no somos humanos todavía. Nacemos encerrados cada uno en sí mismo, y necesitamos romper ese envoltorio para abrirnos y aceptar al prójimo. Esa apertura es la que nos hace humanos. La Parábola del samaritano es iluminadora (Lc 10, 29-37). El sacerdote y el levita, esto es, los Clérigos de aquel tiempo, no son humanos, dejan que el hombre herido se muera. El samaritano, no-Clérigo, es modelo por su humanidad: “Vete y haz tú lo mismo” (Lc 10, 37). La espiritualidad no puede ser antihumana. Tiene que ser sencillamente humana, como reflejo del dogma de la Encarnación. “Cristo no retuvo ávidamente ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, haciéndose semejante a los hombres” (Flp 2, 6-7)²⁴.

Esta apertura al otro es lo que, además de hacernos humanos, nos hace hermanos. Ser Hermano es abrirse al amor, que implica creer en el amor, esperar en el amor y amar al amor, aunque parezca una tautología. Como dijo el Papa Juan Pablo II: “Ser cristiano es

ser capaz de amar con el mismo amor de Dios”²⁵. Esta apertura a los otros es lo que llamamos hermandad. Por consiguiente, ser persona lleva inserto un mínimo de realización fraterna, sin el cual no se es persona²⁶. “Cuando el hombre se atreve a ser Hermano, porque el saberse hijo le ha liberado tanto del miedo como de la prepotencia del ego que le falsea, entonces ‘Dios mismo va en nuestro mismo caminar’ tal como cantamos los cristianos”²⁷.

En definitiva, la Ascética como respuesta a la Mística, se concreta en ser humano y hermano. Las otras denominaciones son accidentales y coyunturales. Ser Clérigo tiene valor si brota y refuerza la humanidad y la fraternidad. Si no es así, si deshumaniza o si divide, está fuera del proyecto cristiano. “En esto conocerán a mis discípulos, si se aman unos a otros” (Jn 13, 35), si son Hermanos, no si son Clérigos.

9. SERVICIO Y AUTORIDAD

Tenemos que ir sacando conclusiones. La última cena de la vida mortal de Jesús fue un momento trascendental para dejar en claro su proyecto, distinguiéndolo de otras perspectivas ajenas. Afirmó categóricamente la actitud de servicio dentro de la comunidad fraterna. El distintivo es el amor fraterno (Jn 13, 35). Ser Hermanos es algo irrenunciable. Pero dentro de la fraternidad, Jesús es el “primogénito”: “A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8, 29). De entre la multitud de Hermanos escogió algunos que ejercieran la autoridad,

por ejemplo a Pedro: “*Apacienta a mis ovejas*” (Jn 21, 15-17). Esa autoridad está fundada en el amor. “*¿Me amas?*” (Jn 21, 15-17).

Pero no es una autoridad de dominio, sino de servicio: “*Ustedes me llaman ‘Señor’ y ‘Maestro’ y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo*” (Jn 13, 13-15). El servicio es el común denominador. No es que algunos sean autoridad y otros sólo servicio. Todos tenemos que ser servidores, menores: “*los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; nada de eso entre ustedes, sino que el mayor entre ustedes sea como el menor, y el que gobierna como el que sirve*” (Lc 22, 25-26). Es el dicho popular: “*El que no vive para servir, no sirve para vivir*”.

La Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica publicó unas orientaciones en orden a la vida fraterna. El capítulo 2º define a la comunidad religiosa como el lugar donde se llega a ser Hermanos. Y explica: “*Se considera como uno de los frutos más claros de la renovación, llevada a cabo durante estos años, el esfuerzo por construir comunidades en las que se pueda vivir de verdad, menos formalistas, menos autoritarias, más fraternas y más participativas*”²⁸. Los Clérigos, los superiores deben ser servidores.

Pero por otra parte, no hemos de caer en una anarquía, despreciando la au-

toridad. El mismo documento citado puntualiza: “*No se puede olvidar que la fraternidad no es sólo fruto del esfuerzo humano, sino también, y sobre todo, don de Dios; un don que exige la obediencia a la Palabra de Dios y, en la VR, también a la autoridad*”²⁹. Ese es el equilibrio que hemos de establecer entre Hermanos y Clérigos en la Iglesia y en la Vida Consagrada. El primado lo tiene la fraternidad, que debe ser una fraternidad minorítica, de servicio.

Es característica la postura de San Francisco de Asís rechazando ser Sacerdote, pero no despreciando el Sacramento del Orden, sino con una gran veneración hacia el mismo. Escribió:

El Señor me dio, y me sigue dando, una fe tan grande en los sacerdotes que viven según la norma de la santa Iglesia romana, por su ordenación, que, si me viese perseguido, quiero recurrir a ellos. Y si tuviese tanta sabiduría como la que tuvo Salomón y me encontrase con algunos pobrecillos sacerdotes de este siglo, en las parroquias en que habitan, no quiero predicar al margen de su voluntad. Y a estos sacerdotes y a todos los otros, quiero temer, amar y honrar como a señores míos. Y no quiero advertir pecado en ellos, porque miro en ellos al Hijo de Dios y son mis señores³⁰.

No quisiera poner fin a mi reflexión sin mencionar, como una magnífica síntesis, la publicación del Hno. Pascual Maymí: “*¿Por qué “Hermanos” y no “Padres”? (Religiosos laicales para una misión eclesial)*”³¹. A ella me adhiero y remito. Es un recordatorio del mensaje de Je-

sús: “No llamen a nadie ‘Padre’ porque uno solo es su Padre: el del cielo” (Mt 23,9). Todos seculares, todos laicales, todos Hermanos, todos menores, y algunos, además de eso, Clérigos, no para dominar sino para servir. Que así sea.

Notas

- ¹ COMBLIN, J. “Os interrogantes da Vida Religiosa no século XXI”, en *Convergência* (março 2004) pp. 81-82.
- ² AUNEAU, J. “El sacerdocio en la Biblia”. Verbo Divino, Estella, 1990. DREWERMAN, E. “Clérigos. Psicograma de un ideal”. Trotta, Madrid, 1995.
- ³ HILDERATH, B. “Pneumatología”. Herder, Barcelona 1996, pp. 232-236: *El Espíritu y la creación*. MÜLLER-FAHRENHOLZ, G. “El Espíritu de Dios”. Sal Terrae, Santander 1996, pp. 21-84: *El Espíritu creador, alma del mundo*.
- ⁴ BORGERT, H. “Hacia una Iglesia más secular”. Sígueme, Salamanca 1968. TORRES QUEIRUGA, A. “Recuperar la creación”. Sal Terrae, Santander, 1997.
- ⁵ BAZARRA, C. “Ecología y vida” en Revista CLAR (enero-marzo 2007), pp. 10-18.
- ⁶ Así el Derecho Canónico (canon 207) y JUAN PABLO II “*Christifideles Laici*” (1988) No. 15.
- ⁷ Para todo esto, puede verse BAZARRA, C. “Dimensión laical cristiana” en IFEAL (1996) 152-159; ESTRADA, J.A. “La identidad de los laicos”. Paulinos, Madrid 1990; AA.VV. “Los laicos en la Iglesia y en el mundo”. Iter, Caracas 1989.
- ⁸ *Selecciones de Teología* (1977) pp. 251-256.
- ⁹ ESPEJA, J. “Ministerios” en FLORISTAN, C. y TAMAYO, J.J. (eds.) *Conceptos fundamentales del Cristianismo*. Trotta, Madrid 1993, pp. 795-810.
- ¹⁰ BAZARRA, C. “Sacerdotalización” en *Nuevo Mundo* (1982) pp.

357-371.

- ¹¹ BAZARRA, C. “Por una Iglesia más fraterna” en *Nuevo Mundo* (1979) pp.121-129. RUGGIERI, G. “Nueva conciencia de la Iglesia como fraternidad evangélica” en *Concilium* (1981) pp. 354-369.
- ¹² HAAG, H. “¿Qué Iglesia quería Jesús? Herder, Barcelona, 1998.
- ¹³ RUIZ DE LA PEÑA, J.L. “Imagen de Dios”. Sal Terrae, Santander, 1988, p. 207.
- ¹⁴ Cita de BOROBI, D. “La iniciación cristiana”. Sígueme, Salamanca, 1996, p. 286.
- ¹⁵ MARTIN DESCALZO, J.L. “La Iglesia nuestra hija”. Sígueme, Salamanca, 1972.
- ¹⁶ PEREZ MORALES, O. “La Iglesia sacramento de unificación universal”. Sígueme, Salamanca, 1971, p. 214.
- ¹⁷ GOMIS, L. “¿Será místico el siglo XXI? Instituto Fe y Secularidad, Memoria Académica 1997-1998. Madrid, pp. 219-221.
- ¹⁸ JIMÉNEZ DUQUE, B. “Teología de la Mística”. BAC, Madrid 1963, p. 470.
- ¹⁹ “*Ecclesia in America*” (1999) No. 10.
- ²⁰ S. AGUSTÍN. “*Sermones*”. BAC, Madrid, tomo XXIII, Sermón 169, 13; p. 661.
- ²¹ DS, 806.
- ²² BAZARRA, C. “Hacia una nueva espiritualidad” en Revista CLAR (2000) pp. 20-30.
- ²³ BRO, B. “Solo Dios es humano”. Desclee, Bilbao, 1978.
- ²⁴ BAZARRA, C. “Espiritualidad para el hombre de hoy”. Indo-American Press Service, Bogotá, 1995, pp. 59-62.
- ²⁵ “*Ecclesia in America*” (1999) No. 10.
- ²⁶ BAZARRA, C. “Mujeres y hombres del Espíritu”. CLAR, Bogotá, 1966, p. 25.
- ²⁷ GONZALEZ FAUS, J.I. “Proyecto de hermano”. Sal Terrae, Santander, 1991, p. 645.
- ²⁸ “La vida fraterna en comunidad”. Roma, 1994, p. 43.
- ²⁹ O.c., p. 44.
- ³⁰ FRANCISCO DE ASÍS. “Testamento”. Escritos, BAC, Madrid 1978, p.122.
- ³¹ LASALLIANA, No. 30, materia B, 137- Fratelli delle Scuole Cristiane. Via Aurelia 476, 00100 Roma.

